

"Un día dejé de pintar para jugar con mi hija"

París se le ha rendido. Se ha puesto a sus pies. Muy pocos pintores vivos han visto el privilegio de que colgaran sus obras en los imprescindibles Jeu de Paume y Georges Pompidou simultáneamente, como sucederá a partir del 5 de marzo y hasta finales de abril con pinturas y esculturas de un Miquel Barceló que se azora si se le insinúa que es el Picasso del siglo XXI. Con el paso del tiempo, ha aprendido que hay otras cosas tan importantes como pintar que merecen ser vividas, como jugar con sus hijos. Mientras aprende, vive en París, descansa en su Mallorca natal y se limpia de imágenes en Mali.

Por Carmen Rigalt

Hace frío en París. El estudio de Barceló es como un escondite dentro de otro escondite. Un habitáculo en el fondo de un patio rodeado de casas viejas, en una calle también vieja de un barrio enmarañado, oculto. Descienden los copos de nieve entre los huecos de las azoteas, pero descenden despacio, ingravidos, como en verano los vilanos, que se desgajan en cuanto sopla un poco de viento y no paran de volar, atravesando campos y montañas sin llegar a depositarse nunca. Valdría la pena no hacer la entrevista y quedarse con los ojos fijos en el largo vuelo de los copos. A Miquel Barceló tampoco le importaría. Esta mañana tiene los párpados hinchados (sueño, tal vez falta de sueño) y se hace el remolón sin apartar la mirada del patio que lentamente se ensucia de nieve. Hoy es mal día para espabilar. Además Miquel ha decidido que primero hemos de amigarnos y me enseña cuadros, catálogos, libros y esculturas que parecen pinchos morunos. Su ayudante ha traído unos dulces típicos del mardi gras y calienta un té que enseguida se quedará frío. Mientras, hablamos de çfrica, de los amigos que ha dejado allí y de esos polvos mágicos que guarda en un pequeño cuerno de vaca y que ahora me da a probar con la generosidad del niño que comparte la chocolatina de la merienda. Tiene Barceló una sonrisa comestible, antojosa, pero él juega a ponerse serio, incluso frunciendo un poco el entrecejo, tipo Tàpies. Quiero hacerle reír y no se deja. En la nevera hay una foto de Picasso con barretina, y por las paredes cuelgan animales descuartizados que son los modelos de sus cuadros. Acaricio el cráneo de una oveja y pongo cara de grima. Volvemos de nuevo a los recuerdos de çfrica, a las fotos de su casa chaparrita, al brujo de la tribu que Barceló ha retratado con un ojo de piedra blanca. Leo sus cuadernos en francés y en catalán, y me relata la peripecia de cuando le mordió un escorpión y se le puso el ojo como una sandía. Fue en Mali, hace unos años. En realidad no se le puso el ojo como una sandía, pero sí como un albaricoque. Sigo queriendo hacerle reír. Por fin se deja.

Pregunta.- Si le digo una cosa que me contaron de usted...

Respuesta.- ¡...!

P.- Le juro que no me lo invento. Se lo habían oído a usted, aunque yo no sé muy bien dónde lo dijo...

R.- Coño, a ver.

P.- Me dijeron que había tenido orgasmos viendo a la Gioconda.

R.- ¿Yo? ¿A la Gioconda? No, nunca se me hubiera ocurrido tener relaciones íntimas

con ella... Me hice pajas mirando La Maja desnuda de Goya, eso sí, porque la Maja es muy carnal, muy erótica... De pequeño no tenía acceso a los desnudos, me inicié con las revistas que se dejaban los alemanes en la playa y con los libros de arte. Mi madre tenía muchos y en ellos descubrí a la Maja. Hay pinturas que me excitan, y no sólo porque contengan mujeres apetecibles. De hecho mis pulsiones son muy sexuales, aunque pinte manzanas... Pero a lo que iba, la Gioconda no me erotiza nada...

P.- Y eso que cuenta de la Maja ¿a qué edad fue?

R.- A los diez, once años. Yo era muy díscolo, muy peleón, y mis padres me compraban acuarelas para tenerme entretenido. Pero se me acababan enseguida, prefería los óleos y la espátula para pintar a lo bestia. Total, que siempre que veo La Maja de Goya me acuerdo de mi niñez... Entonces leía las biografías de pintores como si fueran vidas de santos. Me zampaba unas dos o tres al día.

P.- Por lo que dice, usted ya era un niño diferenciado en el contexto familiar.

R.- Sí, más trasto, más difícil. Siempre me acordaré de una frase que dijo mi padre dirigiéndose a mí: "¿Por qué este niño no podrá ser como los demás?".

P.- ¿Y por qué no podía ser como los demás?

R.- Yo tenía conciencia de que algo fallaba: creaba conflictos, me expulsaban del colegio... Mi hermano, por ejemplo, montaba radios, se encerraba en un cuarto y pasaba horas entregado a la mecánica. En cambio, yo siempre estaba atacado de frenesí... Todos los días organizaba alguna trastada. No era mal estudiante, todo lo contrario, sacaba buenas notas en todo... Miento, en todo menos en dibujo porque era muy guarro, entregaba los dibujos manchadísimos, hechos un asco. La limpieza era una virtud de la que yo carecía. Nunca se me pasó por la cabeza la idea de hacerme pintor precisamente por eso, porque me faltaba virtud y limpieza. Afortunadamente, muy pronto aprendí que dentro de uno hay cosas que no son modificables, cosas que quedan después de toda la diarrea intelectual... Es como seguir oliendo siempre a pueblo y a ropa sucia.

P.- Le encanta su leyenda de niño malo, ¿verdad? Está orgulloso de ella, no lo niegue.

R.- No es una leyenda, forma parte de mi biografía. Cuando iba a la escuela dibujaba mujeres despelotadas en los cuadernos de mis compañeros. Todos me lo pedían.

P.- ¿Eran mujeres como la Maja?

R.- No. Eran mujeres como las que se metían en las casetas de la playa para cambiarse de ropa. Nosotros hacíamos agujeros. Allí los coños se veían a treinta centímetros. Yo nací y crecí en la playa, nos bañábamos casi todo el año, pescábamos cangrejos, pulpos... El turismo era una agresión, una agresión muy personal... Aquella gente nos tiraba monedas al agua para que cogiéramos conchas. Ahora eso mismo lo reconozco en çfrica cuando veo a los chiquillos haciendo el mono para los blancos. En el fondo es igual... Siempre me di cuenta de aquella humillación, lo que pasa es que no reaccionaba... Cuando fui un poco más mayor le eché la culpa a Franco, pero ahora comprendo que la culpa no era de Franco, ni de los españoles y ni siquiera de los turistas. La culpa era nuestra, de los mallorquines.

P.- Al final, qué curioso, ha terminado casándose con una guiri.

R.- Sí, mi mujer es holandesa. Hace un par de semanas hemos tenido el segundo niño. Quién me lo iba a decir a mí, un paleta mallorquín.... La Mallorca rural de mi niñez era un poco lo que ahora es Mali, un día te encuentras un perro muerto junto a un árbol y cuando regresas al cabo de un año el perro sigue ahí, algo más seco.... El tiempo pasa lentamente y la vida apenas cambia. El mismo pobre y la misma esquina permanecen año tras año... A Mallorca siempre vuelvo curándome en salud porque me sobresaltan los cambios tan vertiginosos que se han producido en estos últimos tiempos. Allí tengo una especie de parque donde juego como cuando era niño, una tierra pelada que hace diez años no quería nadie y en la que hay asnos, toros, ovejas...

P.- ¿Sabe? A través de su obra me había hecho a la idea de un hombre truculento, pero ahora que lo miro directamente a los ojos, no sé, me desconcierta.

R.- No soy truculento. Los animales colgados de mis cuadros tienen una explicación muy sencilla. Desde la ventana de mi taller de Palma se veía una pollería, y ahí siempre había ristras de pollos enganchados por el pescuezo. Al principio pintaba aquello como un ejercicio de expresión naturalista, pero luego fui evolucionando y terminé por crucificar a los pollos. De todas formas, la idea de la muerte, que también es la idea de la vida, se ha concretado mucho en mi obra desde que vivo en çfrica. Es lo que veo.

P.- ¿Cree en los fantasmas?

R.- En Africa también he aprendido que el artista es aquél que tiene relación con los muertos, es decir, con los ancestros. En la pintura todo es contemporáneo, hay un diálogo permanente con los mayores, ellos están siempre en nuestro presente... Llámelos fantasmas, si prefiere.

P.- Su madre también es pintora, creo.

R.- Pintaba paisajes, pero nunca vendió un cuadro, sólo los regalaba para los acontecimientos benéficos. Ella siempre me animó, y cuando hacía cuadros con carne podrida, en vez de escandalizarse, se callaba. Yo pasé de no vender nada, o casi nada, a vender cuadros bastante caros. A mi madre ese éxito repentino no le sorprendió. Es más. Un día me confesó que siempre había tenido la seguridad de que, pintando o sin pintar, me ganaría bien la vida. P.- ¿Su padre no pensaba igual?

R.- Él era diferente. Mi padre se sentía obligado a mantener cierta firmeza conmigo, pero pronto claudicó. Me dio por perdido y se concentró en mis hermanos. Miraba mis cuadros con una cara rara... No entendía cómo podían pagarme por aquello... Un día cogió a Mariscal por banda y le preguntó: "Dime la verdad, ¿de dónde saca mi hijo tanto dinero?". Él sospechaba que andaba metido en algún tráfico extraño.

P.- Su padre no entendía sus cuadros, claro.

R.- No. Los veía en el suelo, sucios, arrugados, y creía que eran cualquier cosa menos cuadros. Y cuando empecé a trabajar con materias putrefactas, ¡uf! Él no comprendía la maravilla de la putrefacción, esa ebullición de vida que evoluciona desde el primer día.

P.- No me extraña...

R.- Mire, haga usted una prueba. Abra un bote de confitura con moho y contémplole detenidamente. Ya verá cómo acaba pareciendole un jardín japonés. El verde adquiere

unas tonalidades fantásticas...

P.- Triunfar siendo tan joven tiene que ser duro. Ya no podrá quitarse nunca de encima la presión del éxito. Ahora tiene que hacer el triple salto mortal para quedar satisfecho ante sí mismo.

R.- Es posible, pero a mí me vino bien tener dinero pronto porque así pude aprender... Yo había recibido una educación limitada y vendiendo cuadros pude salir de la isla, recorrer mundo, saciar mi curiosidad. Además, el arte no es un deporte que te exige superar cada día un listón. En el arte estás, y desde ahí evolucionas. No hay que escalar.

P.- ¿Se sigue sintiendo tan libre como hace quince años?

R.- Antes estaba obsesionado con pintar, era de un egoísmo atroz, y no hubiera abandonado un solo minuto la pintura por nada ni por nadie... Un día me sorprendí porque dejé de pintar para irme a jugar con mi hija. Fue un gran descubrimiento y me sentí lleno de gozo. Nunca creí que hubiera sido capaz de hacerlo.

P.- Hay cosas más importantes que la pintura, Miquel.

R.- Supongo que sí, pero no las había descubierto. Me pasaba las horas encerrado en mi taller, durmiendo en un colchón, y sólo cuando convivía con una chica dejaba el colchón para refugiarme en una habitación un poco más normal. Ahora he organizado mi vida mejor. Aunque paso veinte horas diarias en el taller, tengo una casa, y una familia...

P.-¿Viajan todos juntos a Africa?

R.-A veces.

P.-No le imagino corriendo de un lado a otro en busca de dodotis...

R.-Bueno, en Africa los niños viven sin dodotis. De todos modos, prefiero que de momento pasen más tiempo en París. Aquí están mejor cuidados. Mi casa de Mali es una habitación de unos pocos metros cuadrados, con la única comodidad de una placa solar en el tejado, una batería y una bombilla para poder leer por las noches.

P.- Usted ha confesado en repetidas ocasiones que se refugió en Africa impulsado por la necesidad de limpiarse de imágenes. ¿Todavía no se siente puro?

R.- Ahora Africa ya forma parte de mi vida. Llegué por primera vez allí con Mariscal, fui en busca del desierto porque se parecía a mis cuadros, pero luego descubrimos el Níger y me quedé nueve meses. Mariscal tenía en aquella época mucho trabajo con el asunto de la mascota olímpica y regresó a España. Recuerdo que yo le decía "pasa de todo y quédate, tío", pero no me hizo caso. Yo me dediqué entonces a recorrer el país, encontré unos lugares fascinantes y me instalé...

P.- Imagino que su presencia causó la misma impresión que le causaban a usted los turistas de Mallorca...

R.- Al principio sí, pero ahora ya tengo muchos amigos. Vivo como uno más de ellos.

P.- Cuénteme más cosas de Mali....

R.- La luz es lo que más impresiona. Hay una luz tan intensa que anula los colores. Y la sombras... las sombras casi son más fuertes que los objetos. La oscuridad también es muy densa, la noche tiene una materialidad imponente, y uno siente que la puede tocar con los dedos. Africa acentúa mucho lo esencial y diluye lo accesorio. Allí te quedas con lo que eres, desnudo contigo mismo.

P.- En su pueblo, haciendo de payés, seguramente también hubiera podido quedarse con lo que es. R.- Quizás. A veces me digo que para este viaje no hacían falta alforjas, pero por alguna razón extraña tiendo siempre a complicarme la vida. Lo necesito. Además, en París tengo terror a convertirme en un comodón y que los cuadros se hagan solos.

P.- ¿Qué idioma hablan en Mali?

R.- Existen muchas lenguas, pero donde yo vivo domina el dogon. Para hablarlo bien hay que beber mucha cerveza porque el alcohol da aceite al hígado y el hígado da aceite a la palabra. Para los dogons el centro del cuerpo no es el corazón sino el hígado. Los viejos están obligados a emborracharse ya que a través de la palabra de los borrachos los muertos se quejan de lo que no funciona. Los viejos se emborrachan y dicen grandes verdades... La sensación que uno percibe pues al oír la lengua dogon es de una aceitosidad exquisita, sumamente agradable...

P.- ¿Le han dicho alguna vez en dogon que es usted el Picasso del siglo XXI?

R.- No. Y haga el favor de retirar la pregunta porque siento una gran zozobra.

P.- Pero los piropos son frases aceitosas ¿no?

R.- No. Es más difícil encajar un piropo que un insulto... ¿No ve la cara de tonto que se me ha puesto?